

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

CANCIONES

I

De las Lusíadas de Luis de Camoes que tradujo Luis de Tapia, natural de Sevilla

Suene la trompa bélica
del castellano cálamo,
dándoles lustre y ser a las Lusíadas,
y con su rima angélica
en el celeste tálamo,
encumbre su valor sobre las Híadas,
Napeas y Hamadriadas:
con amoroso cántico
y espíritu poético
celebren nuestro bético
del Mauritano mar al mar Atlántico,
pues vuela su Calíope
desde el blanco francés al negro etíope.

Aquí la fuerza indómita
del Pacheco diestrísimo
descubre de su Rey el pecho y ánimo;
la India deja atónita
con su valor rarísimo,
y al Samorín soberbio, pusilánimo.
Muéstrase aquí magnánimo
Alburquerque y solícito,
capitán integérrimo
que al amador misérrimo
crudamente castiga el hecho ilícito,
y a Goa y su potencia
dos veces la sujeta a su obediencia.

Almeida, que a los árabes
con la venganza hórrida
sus muros y edificios va talándoles,
y a los rumes y alárabes
debajo de la Tórrida
con valerosa espada domeñándoles,
y mayor pena dándoles

con el hijo belígero
que en el seno cambáico
contra el moro y hebráico
muere mostrando su furor armígero,
sirviéndole de túmulo
de mamelucos el sangriento cúmulo.

Cuanta pechos heróicos
te dan fama clarífica,
oh Lusitania, por la tierra Cálida,
tanta versos históricos
te dan gloria mirífica
celebrando tu nombre y fuerza válida:

dígalo la Castálida,
que al soberano Tápia
hizo que (más que en árboles,
en bronces, piedras, mármoles)
en su verso eternice tu prosápia,
dándole el odorífero
lauro, por premio del gran Dios Lucífero.

II

Corcilla temerosa,
cuando sacudir siente
al soberbio Aquilón con fuerza fiera
la verde selva umbrosa,
o murmurar corriente
entre la yerba, corre tan ligera,
que al viento desafía
su voladora planta:
con ligereza tanta,
huyendo va de mí la ninfa mía,
encomendando al viento
sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
hace de sus cabellos
mil crespos nudos por la blanca espalda,
y habiéndose abrigado
lascivamente en ellos,
a luchar baja un poco con la falda,
donde no sin decoro,
por brújula, aunque breve,

muestra la blanca nieve
entre los lazos del coturno de oro.
Y así, en tantos enojos,
si trabajan los pies, gozan los ojos.

Con aquel dulce brío
que me da el soplo escaso
del viento al descubrir su planta bella,
sigo, esforzando el mío,
su fugitivo paso,
no más por alcanzalla que por vella;
ella mi intento viendo,
vuelve a mí la serena
süave luz, y enfrena
mi dulce alcance, el mismo efeto haciendo
sus luces soberanas
en mí que en Atalanta las manzanas.

Yo, pues, ciego y turbado,
viéndola cómo mide
con más ligeros pies el verde llano
que del arco encorvado
la saeta despide
del parto fiero la robusta mano,
y viendo que en mí mengua
lo que a ella le sobra,
pues nuevas fuerzas cobra,
apelo de los pies para la lengua
y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.

»Enfrena, oh Clori, el vuelo,
pues ves que el rubio Apolo
pone ya fin a su carrera ardiente.
Ten de ti misma duelo;
deponga un rato solo
el honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado
de cruel y ligera,
pues en tan gran carrera
tu bellissimo pie nunca ha dejado
estampa en el arena,
ni en tu pecho cruel mi grave pena.

»Ejemplos mil al vivo
de ninfas te pondría

(si ya la antigüedad no nos engaña)
por cuyo trato esquivo
nuevos conoce hoy día
troncos el bosque y piedras la montaña;
mas sírvate de aviso
en tu curso el de aquella,
no tan cruda ni bella,
a quien ya sabes que el pastor de Anfriso,
con pie menos ligero,
la siguió ninfa y la alcanzó madero.»

Quédate aquí, canción, y pon silencio
al fugitivo canto,
que razón es parar quien corrió tanto.

III

De la armada que fue a Inglaterra

Levanta, España, tu famosa diestra
desde el francés Pirene al moro Atlante,
y al ronco son de trompas belicosas
haz, envuelta en durísimo diamante,
de tus valientes hijos feroz muestra
debajo de tus señas victoriosas;
tal, que las flacamente poderosas
fieras naciones contra tu fe armadas,
al claro resplandor de tus espadas
y a la de tus arneses fiera lumbre,
con mortal pesadumbre,
ojos y espaldas vuelvan,
y como al sol las nieblas, se resuelvan;
o cual la blanda cera desatados
a los dorados luminosos fuegos
de los yelmos grabados,
queden, como de fe, de vista ciegos.

Tú (que con celo pío y noble saña
el seno undoso al húmido Neptuno
de selvas inquietas has poblado,
y cuantos en tus reinos uno a uno
empuñan lanza contra la Bretaña,
sin perdonar al tiempo, has enviado
en número de todo tan sobrado,
que a tanto leño el húmido elemento

y a tanta vela es poco todo el viento),
fía que en sangre del inglés pirata
teñirá de escarlata
su color verde y cano
el rico de ruinas Oceano;
y aunque de lejos con rigor traídas,
ilustrará tus playas y tus puertos
de banderas rompidas,
de naves destrozadas, de hombres muertos.

Oh ya isla católica y potente,
templo de fe, ya templo de herejía,
campo de Marte, escuela de Minerva,
digna de que las sienas que algún día
ornó corona real de oro luciente
ciña guirnalda vil de estéril hierba,
madre dichosa y obediente sierva
de Arturos, de Eduardos y de Enricos,
ricos de fortaleza y de fe ricos;
ahora condenada a infamia eterna
por la que te gobierna
con la mano ocupada
del huso, en vez del cetro y de la espada;
mujer de muchos y de muchos nuera,
¡oh reina torpe, reina no, mas loba
libidinosa y fiera,
fiamma dal ciel su le tue treccie piova!

Tú, en tanto, mira allá los otomanos
las jónicas aguas que el Sicano bebe
sembrar de armados árboles y entenas,
y con tirano orgullo en tiempo breve
domando cuellos y ligando manos,
y sus remos hiriendo las arenas,
despoblar islas y poblar cadenas;
mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
no encienda en ti un católico coraje,
mira (si con la vista tanto vuelas)
entre hinchadas velas
el soberbio estandarte
que a los cristianos ojos (no sin arte),
como en desprecio de la Cruz sagrada,
más desenvuelve, mientras más tremola
entre lunas bordada
del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas Lunas
y advierte bien, en tanto que tú esperas
gloria naval de las britanas lides,
no se calen rayendo tus riberas
y pierdan el respeto a las colunas,
llaves tuyas y término de Alcides;
mas si con la importancia el tiempo mides,
enarbola, oh gran Madre, tus banderas,
arma tus hijos, vara tus galeras,
y sobre los castillos y leones
que ilustran tus pendones,
levanta aquel León fiero
del tribu de Judá, que honró el madero;
que él hará que tus brazos esforzados
llenen el mar de bárbaros nadantes,
que entreguen anegados
al fondo el cuerpo, al agua los turbantes,

Canción, pues que ya aspira
a trompa militar mi tosca lira,
después me oirán (si Febo no me engaña)
el carro helado y la abrasada zona
cantar de nuestra España
las armas, los triunfos, la corona.

IV

En una fiesta que se hizo en Sevilla a San Hermenegildo

Hoy es el sacro y venturoso día
en que la gran metrópoli de España,
que no te juró rey, te adora santo.
Hoy con devotas ceremonias baña
el blanco clero el aire en armonía,
los pechos en piedad, la tierra en llanto.
Hoy a estos sacros himnos, dulce canto,
ayuda con silencio la nobleza,
haciendo devoción de su riqueza.
Hoy, pues, aquesta tu latina escuela
a la docta abejuela
no sin devota emulación imita:
vuela el campo, las flores solicita
(campo de erudición, flor de alabanzas)
por honrar sus estudios de ti y de ellas,
en tanto que tú alcanzas

ver a Dios, vestir luz, pisar estrellas.

Hoy la curiosidad de su tesoro
con religiosa vanidad ha hecho
extraña ostentación, alta reseña.
Hoy cada corazón deja su pecho
cuál en púrpura envuelto, cuál en oro,
y su valor devotamente enseña;
quién lo que con industria no pequeña
labró costoso el persa, extraño el china,
rica labor, fatiga peregrina,
alegremente en sus paredes cuelga;
quién de ilustrarlas huelga
con modernos angélicos pinceles,
milagrosas injurias del de Apeles;
quién da a la calle y quita a la floresta,
de suerte que los grandes, los menores,
en tu solemne fiesta,
ven pompa, visten oro, pisan flores.

Príncipe mártir, cuyas sacras sienas,
aún no impedidas de real corona,
la fiera espada honró del Arriano;
tú, cuya mano al cetro si perdona,
no a la palma que en ella ahora tienes
(digna palma, si bien heroica mano),
pues eres uno ya del soberano
campo glorioso de gloriosas almas
que ciñen resplandor, que enristran palmas,
do se triunfa y nunca se combate,
mi lengua se desate
en dulces modos, y los aires rompa
a celestial soldado ilustre trompa.
Conozca el Cancro ardiente, el Carro helado,
oh católico Sol de Vice-Godos,
la espada que te ha dado
vida a ti, gloria al Betis, luz a todos.

Estas aras que te ha erigido el clero
y estas que te cantamos alabanzas,
juntas con lo que tú en el cielo vales,
a Filippo le valgan el Tercero,
en quien de nuestro bien las esperanzas
están, como reliquias en cristales.
Logra sus tiernos años, sus reales
pensamientos católicos segunda,

tal, que su espada por su Dios confunda
la nueva torre que Babel levanta,
y ardiendo en saña santa,
haga que adore en paz quien no lo ha visto
el gran sepulcro que mereció a Cristo;
que pues de sus primeros nobles paños
invocó a tu deidad por su abogada,
es bien que vean sus años
larga paz, feliz cetro, invicta espada.

Y tú, oh gran madre, de tus hijos cara,
émula de provincias gloriosa,
en lo que alumbra el Sol, la noche ciega,
ciudad más que ninguna populosa,
para quien no tan sólo España ara
y siembra Francia, mas Sicilia siega,
no porque el Betis tus campiñas riega
(el Betis, río y rey tan absoluto,
que da leyes al mar, y no tributo),
ni porque ahora escalen su corriente
velas del Occidente
(que, más de joyas que de viento llenas
hacen montes de plata sus arenas),
mas por haber tu suelo humedecido
la sangre de este hijo sin segundo,
en ti siempre ha tenido
la fe escudo, honra España, invidia el mundo.

V

Donde las altas ruedas
con silencio se mueven,
y a gemir no se atreven
las verdes sonoras alamedas,
por no hacer ruido
al Betis, que entre juncias va dormido;

sobre un peñasco roto,
al tronco recostado
de un fresno levantado,
que escogió entre los árboles del soto
porque su sombra es flores,
su dulce fruto dulces ruseñores,

Coridón se quejaba

de la ausencia importuna
al rayo de la Luna,
que al perezoso río le hurtaba,
mientras que él no lo siente,
espejos claros de cristal luciente.

«Injusto Amor -decía-,
pues permites que muera
en extraña ribera
(que por extraña tengo ya la mía),
válganme contra ausencia
esperanzas armadas de paciencia.»

VI

¡Qué de invidiosos montes levantados,
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!
¡Qué de ríos, del hielo tan atados,
del agua tan crecidos,
me defienden el ya volver a vellos!
¡Y qué, burlando de ellos,
el noble pensamiento
por verte viste plumas, pisa el viento!

Ni a las tinieblas de la noche oscura
ni a los hielos perdona,
y a la mayor dificultad engaña;
no hay guardas hoy de llave tan segura
que nieguen tu persona,
que no desmienta con discreta maña;
ni emprenderá hazaña
tu esposo, cuando lidie,
que no la registre él, y yo no invidie.

Allá vuelas, lisonja de mis penas,
que con igual licencia
penstras el abismo, el cielo escalas;
y mientras yo te aguardo en las cadenas
de esta rabiosa ausencia,
al viento agravien tus ligeras alas.
Ya veo que te calas
donde bordada tela
un lecho abriga y mil dulzuras cela.

Tarde batiste la invidiosa pluma,
que en sabrosa fatiga
vieras (muerta la voz, suelto el cabello)
la blanca hija de la blanca espuma,
no sé si en brazos diga
de un fiero Marte, o de un Adonis bello;
ya anudada a su cuello
podrás verla dormida,
y a él casi trasladado a nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
entre templada nieve
evaporar contempla un fuego helado,
y al esposo, en figura casi muerta,
que el silencio le bebe
del sueño con sudor solicitado.
Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
en los dichosos nudos
que a los lazos de amor os dio Himeneo;
mientras yo, desterrado, de estos robles
y peñascos desnudos
la piedad con mis lágrimas granjeo.
Coronad el deseo
de gloria, en recordando;
sea el lecho de batalla campo blando.

Canción, di al pensamiento
que corra la cortina
y vuelva al desdichado que camina.

VII

Vuelas, oh tortolilla,
y al tierno esposo dejas
en soledad y quejas;
vuelves después gimiendo,
recíbete arrullando,
lasciva tú, si él blando.
Dichosa tú mil veces,
que con el pico haces
dulces guerras de Amor y dulces paces.

Testigo fue a tu amante
aquel vestido tronco
de algún arrullo ronco;
testigo también tuyo
fue aquel tronco vestido
de algún dulce gemido;
campo fue de batalla
y tálamo fue luego:
árbol que tanto fue perdone el fuego.

Mi piedad una a una
contó, aves dichosas,
vuestras quejas sabrosas;
mi invidia ciento a ciento
contó, dichosas aves,
vuestros besos süaves.
Quien besos contó y quejas
las flores cuente a Mayo,
y al cielo las estrellas rayo a rayo.

Injuria es de las gentes
que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
y que de un tierno amante
escuche, sordo, el ruego
y mire el daño, ciego.
Al fin es dios alado,
y plumas no son malas
para lisonjear a un dios con alas.

VIII

En el dichoso parto de la reina Doña Margarita

Abra dorada llave
las puertas de la edad, y el nuevo Jano
(pues entre siglos sabe
que el tercer año guarda el Tiempo cano,
peinando día por día
para el Tercer Filipino a quien lo envía)

hoy lo introduzca a España
de paz vestido y de victoria armado.
La copia a la campaña

rubias espigas dé con pie dorado;
la salud pise el suelo
purgando el aire y aplacando el cielo.

Tráiganos hoy Lucina
al Palacio Real, real venera
de nuestra perla fina,
madre de perlas, y que serlo espera
de un Sol luciente ahora,
si ha pocos años que nació la Aurora.

Venga alegre, y con ella
vengan las Gracias, que, dichosas Parcas,
rayos de amiga estrella
hilen, estambre digno de Monarcas.
Cuide Real Fortuna
del dulce movimiento de la cuna.

Felicidades sean
las que administren sus primeros paños;
las virtudes se vean
mover el pie de sus segundos años.
Unas y otras edades
virtudes sean y felicidades.

Armada a Palas veo
soltar el huso y empuñar la lanza:
lisonja es del deseo.
Corresponda el deseo a la esperanza:
Príncipe tendrá España,
que nunca una deidad tanta fe engaña.

IX

Sobre trastes de guijas
cuerdas mueve de plata
Pisuerga, hecho cítara doliente;
y en robustas clavijas
de álamos, las ata
hasta Simancas, que le da su puente.
Al son de este instrumento
partía un pastor sus quejas con el viento.

«Oh río -le decía-,
que al tronco menos verde

lo guarnecen de perlas tus espumas,
si la enemiga mía
pasos por aquí pierde
calzada el fugitivo pie de plumas,
por que no vuela tanto,
deténganla tu música o mi llanto.

»Si tú haces que oya
debajo de esta yedra
mis lágrimas, que siguen tu armonía,
octavo muro a Troya
renacer piedra a piedra
hará tu son de su ceniza fría:
que es más posible caso
convocar piedras que enfrenalle el paso.

[»Viento y quejas burlando,
huye; sean ahora
término de su fuga tus riberas;
que si un acento blando
de cítara sonora
enfrenó ríos y desarmó fieras,
tú, ya cítara hecho,
firmeza al pie le da, piedad al pecho.»]

X

De los Marqueses de Ayamonte, cuando se entendió pasaran a Nueva España

Verde el cabello undoso,
y de la barba al pie escamas vestido,
aliento sonoro
daba Tritón a un caracol torcido,
y en las alas del viento
voló el son por el húmido elemento.

Cuantos las aguas moran
antiguos dioses y deidades nuevas,
por las ondas que doran
los rayos de la luz, dejan sus cuevas
y ocupan los vacíos
que a la playa perdonan los navíos.

«¿Veis -dice el dios marino-
estas que de la barra a las arenas

despliegan blanco lino,
solicitan timón, calan antenas?
Nubes son, y no naves,
carros de un Sol en dos ojos süaves.

»En estos ojos bellos,
Febo su luz, Amor su monarquía
abrevian, y así en ellos
parte a llevar al Occidente el día,
con naval pompa extraña,
la gloria de los Zúñigas de España.

»Si a un sol los caracoles
dejan su casa, dejan su vestido,
a estos divinos soles
el fondo es bien dejar más escondido,
y coronar su popa
cuernos del toro que traslada a Europa.

»Serenísimas plumas
vista del alción el austro insano;
perlas sean las espumas
y las olas cristal del Oceano;
no ya cristal de roca,
que en solo el nombre cada bajel toca.

»Regale sus orejas
en dulce, sí, mas bárbaro instrumento
de corales y almejas
de las ninfas el coro, y su conuento
no lisonjee aquel sueño
que la falsa armonía al griego leño.»

XI

De la florida falda
que hoy de perlas bordó la alba luciente,
tejidos en guirnalda
traslado estos jazmines a tu frente,
que piden, con ser flores,
blanco a tus sienas y a tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante,
ronco, sí, de clarines,

mas de puntas armado de diamante;
púselas en huida,
y cada flor me cuesta una herida.

Más, Clori, que he tejido
jazmines al cabello desatado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadrón armado;
lisonjas son iguales
servir yo en flores, pagar tú en panales.

XII

Del mar, y no de Huelva,
los escollos el sol, los muros raya;
gimiendo el alción era en la playa
ruiseñor en la selva,
cuando pescador pobre
mucho despide red de poco robre.

[Al que le escuchó en vano
golfo, a pesar del Norte, siempre inquieto,
se queja del Amor, a quien sujeto
obedece tirano,
en las prisiones bellas
de la esfera mayor de sus centellas.

Escollo cristalino,
a quien el pescador cuanto padece,
sentado en su crueldad, dulce le ofrece,
sin hallar el divino
canto alivio a sus quejas.
¡Triste del que a una roca pide orejas!]
[...]

XIII

De la toma de Larache

En roscas de cristal serpiente breve,
por la arena desnuda el Luco yerra,
el Luco, que, con lengua al fin vibrante,
si no niega el tributo, intima guerra
al mar, que el nombre con razón le bebe

y las faldas besar le hace de Atlante.

De esta, pues, siempre abierta, siempre hiante
y siempre armada boca,
cual dos colmillos, de una y de otra roca,
África (o ya sean cuernos de su luna
o ya de su elefante sean colmillos)
ofrece al gran Filippo los castillos
(carga hasta aquí, de hoy más militar pompa);
y del fiero animal hecha la trompa
clarín ya de la Fama, oye la cuna,
la tumba ve del Sol, señas de España
los muros coronar que el Luco baña.

Las garras, pues, las presas españolas
del rey, de fieras no, de nuevos mundos,
ostenta el río, y gloriosamente
arrogándose márgenes segundos,
en vez de escamas de cristal, sus olas
guedejas visten ya de oro luciente.
Brama, y menospreciándolo serpiente,
león ya no pagano
lo admira reverente el Oceano.

Brama, y cuantas la Libia engendra fieras,
que lo escuchaban elefante apenas,
surcando ahora piélagos de arenas,
lo distante interponen, lo escondido,
al imperio feroz de su bramido.
Respóndenle confusas las postreras
cavernas del Atlante, a cuyos ecos,
si Fez se estremeció, tembló Marruecos.

Gloriosa y del suceso agradecida,
dirige al cielo España, en dulce coro
de sacros cisnes, cánticos süaves
a la alta de Dios sí, no a la de un moro
bárbara majestad, reconocida
por las fuerzas que le ha entregado: llaves
de las mazmorras de África más graves,
forjadas, no ya donde
de las fraguas que ardiente el Etna esconde
llamas vomita, y sobre el yunque duro
gime Bronte y Stéope no huelga,
sino en las oficinas donde el belga
rebelde anhela, el berberisco suda,

el brazo aquél, la espalda éste desnuda,
forjando las que un muro y otro muro
por guardas tiene, llaves ya maestras
de nuestros mares, de las flotas nuestras.

Al viento más opuesto abeto alado
sus vagas plumas crea, rico el seno
de cuanta Potosí tributa hoy plata.
Leño frágil de hoy más al mar sereno
copos fie de cáñamo anudado,
seguro ya sus remos de pirata.
Piloto el interés, sus cables ata,
ovando ya en el puerto
del soplo occidental, del golfo incierto.

Pescadora la industria, flacas redes
que dio a la playa desde su barquilla
graves revoca a la espaciosa orilla.
La libertad, al fin, que, salteada,
señas o de cautiva o despojada
dio un tiempo de Neptuno a las paredes,
hoy bálsamo espirantes cuelga ciento
faroles de oro al agradecimiento.

Vuestra, oh Filipo, es la fortuna, y vuestra
de África será la monarquía.
Vuestras banderas nos lo dicen, puesto
duro yugo a los términos del día
en los mundos que abrevia tanta diestra;
que si a las armas no, si no al funesto
son de las trompas (que no aguardó a esto),
Abila su coluna
a vuestros pies rindió, a vuestra fortuna;

Calpe desde su opuesta cumbre espera,
aunque lo ha dividido el mar en vano,
el término segundo del tebano
complicado al primero, y penetrada
la ardiente Libia vuestra ardiente espada,
que el Nigris no en su bárbara ribera,
el Nilo sí con militar decoro
la sed os temple ya en celada de oro.

Verás, canción, del César Africano
al nieto agosto, armada un día la mano,
hacer, de Atlante en la silvosa cumbre,

a las purpúreas cruces de sus señas
nuevos calvarios sus antiguas peñas.

XIV

Al Conde de Lemus, habiendo venido nueva de que era muerto en Nápoles

Moriste en plumas no, en prudencia cano,
gloria de Castro, invidia de Caístro,
cisne gentil cuyo final acento
entre fieras naciones sacó al Istro
lágrimas, y al segundo río africano
señas, aunque bozal, de sentimiento.
Moriste, y en las alas fue del viento
lastimando tu dulce voz postrera
las orillas del Ganges, la ribera
del rey del Occidente,
flechero Parahuay, que de veneno
la aljaba armado, de impiedad el seno,
tu fin sintió doliente.
¡Oh tú, que de Sebeto en las arenas
mueres cisne llorado de sirenas!

Brazos te fueron de las Gracias cuna
y de las Musas sueño la armonía
en tus primeros generosos paños.
Dichoso el esplendor vieras del día
si la que el oro ya de tu fortuna
el estambre hilara de tus años.
¡Oh de la muerte irrevocables daños,
si de la invidia no ejecución fiera!
Parca cruel, más que las tres severa,
si alimentan tu hambre
sierpes del Ponto y áspides del Nilo,
¿cuál pudo humedecer livor el hilo
de aquel vital estambre?
Camisa del Centauro fue su vida,
aun antes abrasada que vestida.

No entre delicias, no, si ya criado
entre grandezas, de la falda amada
a la magistral férula saliste.
En letras luego, en generosa espada
de Quirón no biforme ejercitado,
togado Aquiles cultamente fuiste.

Cuando de flores ya el vulto se viste,
al fogoso caballo Valenzuela
purpúreas plumas dándole tu espuela,
en el oficio duro
de la robusta caza, las riberas
del Sil te vieron fatigar las fieras,
y aun a su cristal puro
de tu lanza llegar atravesado
el mismo viento en forma de venado.

De semidioses hija, bella esposa,
que nácar su color, perlas su frente
corona de crepúsculos del día,
la tea de Himeneo mal luciente
te condujo ya al tálamo, y la rosa
que a las perlas del Alba aún no se abría
libaste en paz. Mas, ay, que la armonía
del coro virginal, gemido alterno
de ave nocturna o pájaro de Averno
interrumpió no en vano.
Tú, a pesar de prodigios tantos, hecho,
si abejas los amores, corcho el lecho,
el néctar soberano
despreciabas de Júpiter dormido,
al ventilar alado de Cupido.

XV

Al importuno canto de una golondrina

A la pendiente cuna
vuelves, al que fiaste nido estrecho,
oh huésped importuna,
de las retamas frágiles de un techo,
que arboleda celosa aun no lo fía
de cuanta le concede luz el día.

Oh tú, de las parleras
aves la menos dulce y más quejosa,
¿por qué el silencio alteras
de una paz muda, sí, pero dichosa?
¿Quieres en tu ruido que presuma
que miente voz la invidia y viste pluma?

Magníficas orejas

ofrendan en alcázares dorados
tus repetidas quejas,
mientras yo en estos sauces levantados
aplauso al ruiseñor le niego breve
sobre la yerba que ese cristal bebe.

¿Cuál, di, bárbara arena
de sierpes has dejado engendradora,
por turbar la serena
dulce tranquilidad que en este mora
tan grato como pobre albergue, donde,
sellado el labio, la quietud se esconde?

Aquí, pues, al cuidado
niego estos quicios, niego la cultura
de ese breve cercado,

cuyo líquido seto plata es pura
de arroyo tan oblicuo, que no deja
la fragancia salir, entrar la abeja.

XVI

En el sepulcro de Garcilaso de la Vega

Piadoso hoy celo, culto
sincel hecho de artífice elegante,
de mármol espirante
un generoso anima y otro bulto,
aquí donde entre jaspes y entre oro
tálamo es mudo, túmulo canoro.

Aquí donde coloca
justo afecto en aguja no eminente,
sino en urna decente,
esplendor mucho, si ceniza poca,
bien que, milagros despreciando egipcios,
pira es suya este monte de edificios.

Si tu paso no enfrena
tan bella en mármol copia, oh caminante,
esa es la ya sonante
émula de las trompas, ruda avena,
a quien del Tajo deben hoy las flores
el dulce lamentar de dos pastores;

este el corvo instrumento
que al Albano cantó segundo Marte,
de sublime ya parte
pendiente, cuando no pulsarlo al viento,
solicitarlo oyó silva confusa,
ya a docta sombra, ya a invisible musa.

Vestido, pues, el pecho
túnica Apolo de diamante gruesa,
parte la dura huesa
con la que en dulce lazo el blanco lecho.
Si otra inscripción deseas, vete cedo:
lámina es cualquier piedra de Toledo.

XVII

Contra el interés

Tenía Mari Nuño una gallina
en poner tan continua
cuanto la vieja atenta a su regalo.
Sucedió un año malo,
tal, que el pasto faltándole süave,
negó su feudo el ave.
Perdone Mari Nuño,
que la overa se cierra cuando el puño.

Mucho nos dicta en la parableja
de nuestra buena vieja
Monseñor Interés. Sangró una ingrata
cierto jayán de plata,
enano Potosí, cofre de acero
de un bobo perulero,
a quien le dejó apenas
sangre real en sus lucientes venas.

Sintiendo los deliquios ella, luego,
con la venda del ciego
la sangradura le ata, y se retira.
¿Quién de lo tal se admira,
si en Dueñas hoy y en todo su partido
lo más obedecido
es lo que acuña el cuño?
Quien quisiere, pues, huevos, abra el puño.

Águila, si en la pluma no, en la vista,
el togado es legista,
atento al pleito de su litigante,
si no a la rutilante
bolsa, de cuatro mil soles esfera.
¡Ciego de aquel que espera
vista, aunque no sea poca,
de un aguileño! ¡Cósanme esta boca!

¡Con qué eficacia el pendolar ministro
reduce su registro
de la ley de escritura a la de gracia,
batida su eficacia
de un acicate de oro! El papel diga
a cuánto rasgo obliga
el dorado rasguño,
y qué overas cerró un cerrado puño.

Que peine oro en la barba tu hijo, Febo,
¿quién lo tendrá por nuevo,
si lo peina en las palmas de las manos
cualquiera matasanos?;
¿si Toledo no vio entre puente y puente
a barbo dar valiente
carrete más prolijo
que a rico enfermo tu barbado hijo?

Cuantos o mal la espátula desata
o desmiente la plata
fármacos, oro son a la botica:
caudales que lambica
y simples hablen tantos como gasta.
Envainad, Musa. Basta
el que ha pillado zuño
quien os la pegará quizá de puño.

XVIII

Seguidillas y canción para Doña María Hurtado, en ausencia de Don Gabriel Zapata su marido

Mátanme los celos
de aquel andaluz:

hágame, si muriere,
la mortaja azul.
Perdí la esperanza
de ver mi ausente:
Háganme, si muriere,
la mortaja verde.
Madre, sin ser monja,
soy ya descalza,
pues me tiene la ausencia
sin mi Zapata.
La mitad del alma
me lleva la mar;
volved, galeritas,
por la otra mitad.
Muera yo en tu playa,
Nápoles bella,
y serás sepulcro
de otra sirena.
Pídenme que cante,
canto forzada;
¡quién lo fuera vuestro,
galeras de España!
Mientras hago treguas
con mi dolor,
si descansan los ojos,
llore la voz.

Ausente de mi vida,
tú en agua, yo navego
en lágrimas de fuego
después de tu partida.
Esta mi voz perdida
dulce te seguirá, pues dulce vuela;
suspiros no, que abrasarán tu vela.

No de tu media luna
ha sido, Amor, flechada
saeta más alada
que la ausencia importuna.
Defensa hay sola una
contra su penetrante vuelo, y esa
el duro es mármol de una breve huesa.

Nenias en la muerte del Señor Rey Don Felipe III

Suspenda, y no sin lágrimas, tu paso,
oh peregrino errante,
este augusto depósito, este vaso,
émula su materia del diamante,
su forma de la más sublime llama
que a egipcio construyó bárbara fama.

No admires, no, la variedad preciosa
de piedras, de metales;
no la arte que, sudando estudiōsa,
señas dará a los siglos de sí tales,
que caduque, que muera el tiempo, y ellas
besando permanezcan las estrellas.

Húrtale al esplendor (bien que profano,
altamente debido)
la atención toda; no al objeto vano
ciego le fíes el mejor sentido:
abran las puertas exterioridades
al discurso, el discurso a las verdades.

Rey yace excelso; sus cenizas sella
esta aguja eminente.
Quién fue, muda lo está diciendo aquella
piedra animada de sincel valiente,
religión sacra, que, doliente el vulto,
el un pecho da al cielo, el otro al culto.

Su fin, ya que no acerbo, no maduro,
dulcemente llorando,
acusa la clemencia en mármol duro,
de sus vertidas bien lágrimas blando,
al tronco de Minerva suspendida
la invicta espada que ciñó en su vida.

La liberalidad (si el jaspe llora)
ver, caminante, puedes,
tan copiosa de lágrimas ahora
cuanto fue cuatro lustros de mercedes:
desatada la América sus venas,
suplió munificencia tanta apenas.

Aquel mórbido bronce mira, y luego,

oh huésped, solemniza,
no del buril mentida la que el fuego
en el palor bebió de la ceniza,
sino aquella que fue por excelencia
o pureza fecunda, o continencia.

Estas virtudes altamente santo
ejercitó el Tercero
de los Filipos. Tú, confuso en llanto,
las venera, y prosigue, oh forastero,
tus pasos antes que se acabe el día,
porque es breve aun del Sol la monarquía.